

Isla de La Española
Ciudad de Santo Domingo
Palacio del virrey de las Indias
Navidad de 1511

No estaba previsto que yo lo contase.

En mi familia, quien sueña es el primogénito. Y lo que sueña es sagrado. De grado o por fuerza, Cristóbal nos embarcó a todos.

A cada uno nos asignó una función.

La mía era ayudarlo, de día y de noche.

Y callar.

Nunca se me ocurrió protestar. ¿Cómo rechazar la ley si la ley es nuestro corazón?

Este acatamiento dio sus frutos: gracias a él se cumplió el sueño.

En la novísima ciudad de Santo Domingo, el palacio del Alcázar quiere evocar Sevilla. Pero no es más que una gran mole de piedra gris a orillas del río Ozama. Entremos sin miedo. Es poco probable que los guardias nos molesten: casi siempre están dormidos y sus ronquidos son prueba de que se han entregado a la noble actividad del sueño. Sigamos a mano izquierda y atravesemos dos capillas, una grande y otra pequeña. De nuevo a la izquierda, abramos una puerta. Nos parecerá que entramos en una tumba, de puro vacío y oscuro que está el recinto. Es el prestigioso y siniestro aposento que el virrey me ha concedido.

El virrey es Diego, mi sobrino: el único hijo legítimo de Cristóbal.

A menudo me preguntan: ¿por qué razón incomprensible os empeñáis, Bartolomé, en vivir en esta isla? ¿Por qué preferir como última morada La Española a otros lugares del mundo con más encanto, comodidades y sin duda mejores médicos? ¿Por qué no Lisboa, vuestra querida Lisboa, o el valle del Loira francés, cuya dulzura no tiene igual?

Yo contesto aduciendo una u otra de las innumerables razones por las que amo tanto esta isla: la variedad de aves, los nueve colores del mar, la cercanía de las montañas, la violencia de las tormentas, el fuerte olor de las mujeres, la audacia de las chiquillas y de las flores, que se cuelan por todas partes y adoptan las más impúdicas de las posturas...

Callo lo principal.

Al contrario de lo que ambicionábamos de jóvenes, Cristóbal y yo no descubrimos en esta isla el verdadero Paraíso, el de la Biblia. Pero nos acercamos lo más posible. Aún tengo bastante lucidez para saber que vivir en La Española no me protegerá de la muerte, que siento que se aproxima corriendo. Lo que sí sé es que aquí podré resistir mejor las otras maldiciones de la edad: la impresión de frío constante, pese al calor; el dolor cruel de las articulaciones, y los tormentos de la memoria.

En La Española parece que las noches borran el recuerdo de los días, que cada amanecer, sobre el mar aún en calma, es nuevo, puro, ligero. Como si sobre él no gravitara ningún pasado, quiero decir, ninguna culpa.

Así como la Tierra tiene sus abismos, en los que la vida no sigue las mismas leyes, así el tiempo también tiene sus agujeros.

Me faltan sabios. Ellos me habrían explicado este fenómeno. Es sin duda que las horas pasan más despacio porque nos alejamos hacia las fronteras del ocaso.

¿Me atreveré a confesar que, en esta suerte de presente perpetuo, vivo más en paz que nunca? Me siento libre del empeño de soñar, pues Cristóbal pasó a mejor vida, pero también de los remordimientos que debería tener por mis muchos pecados.

Aquel día, tercer domingo de Adviento de 1511, nos despertamos al mismo tiempo la ciudad y yo. Me gusta este palacio por sus piedras de coral, que dejan pasar los sonidos. Primero oigo a los pájaros, que saludan a la luz que vuelve, luego oigo a los hombres que tosen y escupen; a los caballos que se desperezan; los carros que rechinan; las primeras sierras que chirrían. Llega una carabela. Por el sonido reconozco qué vela recogen, en qué parte del puerto va a atracar. Los perros ladran. Lo harán más y más fuerte hasta que les den de comer. Arranca un nuevo día, pesadamente, como un barco que se aleja del muelle. Agradezco a cada nuevo día que me acepte a bordo.

Y sin sospechar los aciagos acontecimientos que iban a destrozarme el alma y destruir mi paz, salí para la iglesia.

Empezó la misa.

No podía rezar: sentado en la primera fila entre el virrey Diego y su mujer María de Toledo, todo el mundo me miraba. Que Dios me perdone. En lugar de dirigirme a Él y solamente a Él, no hacía más que responder a los saludos. De pronto me estremecí. Un dominico había subido al púlpito y empezado el sermón:

«Yo, que soy la voz de Cristo en el desierto de esta isla...».

«Esta voz os dice que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes.»

Conforme hablaba, la voz sonaba más fuerte y las palabras eran más claras. Parecía que en lugar de hablarnos nos arrojara piedras a la cara.

«Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde, con muerte y estragos nunca oídos, tan infinitas de ellas habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, en que, de los excesivos trabajos que les dais, incurren y se os mueren y, por mejor decir, los matáis por sacar y adquirir oro cada día? Éstos, ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿No lo entendéis? ¿No lo sentís? ¿Cómo estáis en tan profundo sueño letárgico dormidos? Tened por seguro que en el estado en que os halláis no tenéis más probabilidades de salvaros que los moros y los turcos que rechazan la fe de Jesucristo.»

Éste fue, aquel día, el sermón del hermano Antonio de Montesinos. Ante todas las autoridades de La Española y todos los encomenderos, españoles a los que habían asig-

nado las tierras de los indios, y a los indios mismos, para que las cultivaran.

La estupefacción de los presentes pronto se trocó en cólera.

Las miradas iban del predicador que decía aquellas cosas terribles al virrey, que procuraba no inmutarse.

El oficiante hubo de recurrir a toda su autoridad para que la misa acabara sin que los fieles se rebelaran.

No bien regresó a palacio, el virrey convocó a aquel dominico del que nadie había oído hablar y, con aire paternal, se dirigió a él en los términos siguientes: cualquiera puede llamarse a engaño si no está bien informado. ¿Cómo recriminar a quien una información inexacta induce a error? Lo que ignoraba el dominico, cuyo talento y buena intención, por lo demás, todo el mundo admiraba y comprendía, era que el trabajo de los indios era necesario para la debida explotación de la isla, y por lo tanto para la gloria de España. Y, en consecuencia, ahora que había sido completamente informado, lo que al domingo siguiente debía hacer era pronunciar un sermón muy distinto, que devolviera a la población la paz que tanto deseaba su majestad el rey...

Sin darle tiempo a replicar, Diego me presentó: Bartolomé, mi tío, hermano del Almirante y primer gobernador de esta isla desde 1496 a 1500.

Montesinos se estremeció.

Se quedó mirándome y no dijo más que:

–¿Por qué?

Pero ya el virrey lo acompañaba a la puerta.

–Confío en usted, hermano Antonio. Los equilibrios

son muy frágiles. Cada cual debe permanecer en su sitio.

Montesinos quiso replicar, pero fue despedido. Y la alta sociedad española esperó la misa del domingo siguiente con confianza, convencida de que el incidente no se repetiría.

*

Aquel «¿Por qué?» me dio que pensar el resto de la semana. Cada vez que intentaba desecharlo de mi mente volvía, como una avispa pesada, acompañado de la misma visión: los profundos ojos del predicador.

Y por la noche, entre los ruidos familiares del puerto, oía un sonido nuevo, parecido al rodar de una rueda o al girar de una piedra de molino.

Acabé persuadido de que aquel Montesinos, imaldito sea!, había puesto nuevamente en marcha el tiempo. Y de que yo perdería mi refugio. Y de que los tormentos de la memoria, a los que tanto temía, volverían.

Al domingo siguiente, mucho antes de la hora de la misa, toda la isla, quiero decir, todos los españoles de la isla, se dieron cita a las puertas del convento. Muchos venían de lejos, de los lugares más apartados, de la provincia de La Vega, de las montañas y hasta de la costa norte, de la península de Samaná. La voz había corrido. Nadie quería perderse el sermón.

Algunos venían a caballo. Desmontaban y se lavaban en la fuente para no entrar llenos de polvo en la casa del Señor. La gente llevaba años sin verse. Creían que habían muerto. Se mostraban sorprendidos. Se abrazaban. Aquello parecía una reunión familiar. Se daban las últimas malas noticias, las personas que habían muerto, nacido, lo duro que

era el clima, lo escasas que eran las cosechas, lo poco que daban las minas.

Y enseguida pasaban a hablar de los indios, de lo perezosos, brutos, depravados, necios y crueles que eran. Y luego del cura loco, que en unos días se había convertido en la persona más famosa de la isla. ¿Conocías tú a ese... Montesinos? ¿Qué serpiente le habrá picado? Dicen que lo llamó el virrey y lo metió en vereda. Que se ande con ojo. La gente tenía cara de pocos amigos, iba armada.

Los dominicos se desvivían. La iglesia estaba llena a reventar. Más de trescientos fieles habían tenido que quedarse fuera. Y seguían llegando. Ya antes de que Antonio de Montesinos hubiera dicho nada, había ambiente de revuelta.

Por fin empezó la misa, entre los gruñidos de la gente. Creo, aunque no tenía con qué medir el ritmo, que la primera parte del oficio discurrió acelerada.

Y de pronto resonó una voz potente. Allí estaba Montesinos, en su púlpito, llegado no se sabía cómo. ¿Le habrían enseñado sus amigos los indios a moverse sin ser visto? El púlpito descansaba sobre una base de madera que tenía la forma de una gran serpiente. Algunos fieles murmuraron que aquel maldito predicador había hecho un pacto con el animal para que lo protegiera de la gente.

«¿Por qué tenéis a estos indios en una servidumbre tan cruel? ¿Por qué hacéis guerras tan abominables contra estas gentes pacíficas? ¿Por qué los matáis exigiéndoles un trabajo al que ninguno de vosotros sobreviviría? ¿Por qué no los consideráis hombres, si Dios les ha dado un alma como a vosotros?...»

Lejos de intimidar a Montesinos, los consejos del virrey lo habían enardecido. Sus palabras sonaban con más autoridad. El domingo anterior la voz le temblaba, no de miedo, sino de indignación. Ahora atravesaban el aire duras y precisas como proyectiles.

Los presentes no tardaron en reaccionar. Sonaron voces más y más fuertes. Veinte, treinta encomenderos se habían puesto en pie y, olvidando dónde se encontraban, señalaban amenazadoramente al predicador y lo intimaban al silencio.

Montesinos no hacía caso. No sólo seguía predicando con la misma voz clara y decidida, sino que miraba a la cara a los más violentos.

Aquello era una provocación y a punto estuvo la sangre de llegar al río. Hubo quienes quisieron asaltar el púlpito, pero unos diez dominicos, que, previendo el ataque, se habían reunido al pie de la escalera de madera, lo impidieron.

*

Aquella misma tarde se presentó en palacio un hombre que se hizo anunciar como el hijo de un viejo compañero de Cristóbal que participó en el segundo viaje (1493). ¿Cómo no recibirlo, aunque me sentía cansado? Tenía buena presencia y unos treinta y pocos años. Me dijo que se llamaba Las Casas, que tenía mi mismo nombre de pila, Bartolomé, y me preguntó qué opinaba sinceramente del sermón de Montesinos.

Vino a la isla en 1502 con el nuevo gobernador, Nicolás de Ovando. Entonces tenía dieciocho años y era uno más de los muchos españoles que querían hacer las Amé-

ricas. Como a los demás, le dieron unas tierras y a los indios que en ellas vivían. Prosperó. Pero aquella vida de rico pronto se le hizo insoportable. Entonces lo dejó todo, tomó los hábitos e ingresó en la orden de los dominicos.

Nos pasamos el día debatiendo. ¿No habían pervertido el Descubrimiento los descubridores? ¿Cómo veía Dios nuestras crueldades? Nos prometimos buscar respuesta en las Escrituras.

Me vi retomando viejas costumbres.

En Lisboa, todos los domingos, mi hermano y yo solíamos leernos uno a otro un capítulo de la Biblia. Quien quiere conocer el mundo, decía Cristóbal, ¿no tendrá que conocer EL LIBRO?

Cuando Las Casas volvió, dos días después, le di a leer lo que había encontrado en el *Libro del Eclesiástico*: la respuesta, una respuesta implacable a nuestras preguntas.

«Si alguien te maldice en la miseria, su Creador escuchará su plegaria.» (IV, 6)

«Quien ofrece un sacrificio con los bienes del pobre, es como si inmolará a un hijo delante de su padre.» (XXXIV, 20)

El rostro de Las Casas permanecía impasible. Pero yo le miraba las manos y veía que temblaban. El sermón de Montesinos también había hecho mella en él. Pero, más joven y valiente que yo, no se conformaba con eso. Quería pasar a la acción. ¿Qué valía su vida si no la dedicaba a la verdad?

No venía solo. Lo acompañaba un muchacho, un jovencito imberbe y mofletudo que, a juzgar por su hábito blanco, ya era, sin duda, un dominico. ¿Los reclutaba tan

jóvenes la orden porque el mundo se había hecho de pronto más grande?

—Os presento al hermano Jerónimo. Acaba de ordenarse. Me ayudará en la empresa que estoy proyectando.

Aquella palabra me hizo estremecer. La Empresa, la Empresa de las Indias, era como Cristóbal llamaba a su viaje.

La ambición de Las Casas era diferente: no explorar, como Cristóbal, sino contar. Contar el Descubrimiento, para que nadie lo ignorase y todos aprendiésemos la lección.

Me miró a los ojos. Su mirada era casi tan intensa como la de Montesinos.

—Vuestra experiencia como compañero de vuestro hermano es inestimable. Por la edad que tenéis, pronto pasaréis a mejor vida. No podéis negarme vuestra ayuda.

Yo me arrodillé al instante.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

—Pero ¿qué hacéis?

El hermano Jerónimo, el jovencísimo dominico, me miraba sin comprender.

—Ya empezáis... Pero... ¡es muy tarde!

Los ojos se le cerraban. Conozco a los jóvenes. No resisten el cansancio. No tuve piedad. Sin saberlo, llevaba mucho tiempo esperando aquel momento y poder contar.

Las Casas sonreía.

—Escucha, Jerónimo, escucha. Los cuatro viajes de Cristóbal pertenecen ya a la crónica de la curiosidad de los hombres. Él trazó un camino en el mar que borra todos los caminos. Hizo la Tierra el doble de grande, pobló el horizonte.

Por lo general, de los viajes no se recuerda más que su

destino y se olvida que también tienen un punto de partida.

Esto es lo que yo quiero contar. Los dedos, agarrotados por la edad, me duelen y no puedo sujetar la pluma. Por eso, Jerónimo, pequeño escribano, te dictaré mi verdad, que tú consignarás con la mayor fidelidad y detalle. Días habrá en que, al oír mis secretos, te sonrojarás encantadoramente. No te preocupes. Ofrecerás ese sufrimiento al Altísimo. Más razones para ir al Cielo.

Los barcos no sólo parten de los puertos, Jerónimo, los impulsa un sueño. Muchos historiadores han comentado y seguirán comentando el Descubrimiento de Cristóbal y debatirán sobre sus consecuencias.

Yo, su hermano, el único que lo conoció desde el principio, vi nacer su idea y crecer su afán.

Esto, el nacimiento de esta idea, de esta locura, es lo que voy a contar. Quizás el germen de nuestra futura crueldad estaba ya en aquella sed de saber.

¡Jerónimo, a tu puesto, que zarpamos!

O, mejor dicho, vamos a Lisboa, donde empezó todo.

La curiosidad¹

Nací en Génova, que es una prisión natural. Por tres lados choca uno con montañas. Queda el cuarto lado: el mar. Por ahí se escapan los genoveses, unos comerciando, otros navegando. Creo que los primeros pasos que dio mi hermano fueron hacia el puerto.

Yo tardé más en escapar.

*

—¿Por qué habría de contratarte?

Con esta pregunta tan desdeñosa como legítima me recibió el reino de Portugal aquella primavera de 1469. No había cumplido dieciséis años. Me limité a seguir la corriente: todo el mundo iba a Lisboa. Unos porque los echaban de donde vivían, como a los sabios judíos de Mallorca, a los que un buen día el rey de Cataluña consideró indeseables; otros, porque tenían conocimientos que interesaban a los monarcas portugueses, que disponían de medios (contantes y sonantes) para atraerlos. Yo, claro está, entraba en una categoría inferior. Había oído decir a un cliente de mi padre, gran bebedor y bien informado, que una numerosa colonia de genoveses se había asentado a orillas del Tajo para ejercer de cartógrafos.

La noticia me abrió perspectivas. Por fin podía librar-

me del negocio familiar. Yo no sabía entonces que nadie escapa al destino que Dios le ha impuesto, y que me esperaba una esclavitud mucho peor.

*

Así fue como llamé a la puerta de maese Andrea, el maestro más reputado del gremio.

—¿Por qué habría de contratarte?

—Porque me gustaría.

—Buena respuesta. Pero eso no basta. Por lo pálido y flaco que estás, seguro que nunca has navegado. ¿Me equivoco?

—No os equivocáis.

—Y por lo joven que eres, seguro que tampoco has oído muchas historias de marinos.

—No.

—Entonces, ¿qué sabes del mar?

—Nada.

—¿Qué crees tú que es un cartógrafo?

—Un hombre que... traza los límites de tierra firme.

—Y por tanto la forma del mar. ¿Eres tú un hombre así?

—No.

—Entonces, ¿de qué me sirves si no sabes nada? ¡Aire!

Me iba, apretando los puños, llorando de rabia y humillación, cuando, de pronto, recordé que era genovés.

¡Un genovés no se da por vencido sin presentar batalla!

Así pues, volví al taller y exclamé:

—¡Sé..., sé...!

En los momentos en que Ilusión, esa hada buena, se apiada de mí y me susurra con voz dulce: «Vamos, vamos, Bartolomé, tu vida no ha sido tan desastrosa como crees»,

en esos escasos momentos puedo erguir la frente. Pienso en mi arranque de orgullo de aquel día de 1469 y me digo que desempeñó su papel en la historia del mundo. De no ser por aquella muestra de carácter, jamás habría aprovechado el inmenso saber de maese Andrea. Y, por lo tanto, también mi hermano Cristóbal se habría visto privado de él. Y sin tales conocimientos, ¿se habría embarcado en la inverosímil aventura del viaje?

Volvamos al pequeño genovés que se halló de nuevo, con el gorrito de lana en las crispadas manos, descansando ya en un pie, ya en el otro, ante el mejor cartógrafo de Lisboa. Sé..., sé... ¿Qué más podía decir si no sabía nada?

–Sé..., sé... escribir haciendo la letra muy pequeña.

Se me ocurrió de pronto. Igual que uno ve, entre dos olas, la roca de la salvación antes de hundirse para siempre. De repente me había acordado de aquel único talento mío: desde que pude sostener una pluma aprendí a trazar letras tan precisas como diminutas.

–¡A ver!

Maese Andrea mandó que trajeran pluma y tinta, recogió del suelo un papel, me lo dio y se cruzó de brazos.

No había terminado de escribir Ceuta y Argelia cuando noté una palmada en el hombro: contratado. Enseguida me encomendaron una tarea: caligrafiar nombres sobre un conjunto de pequeñas islas frente a las costas de una parte de África llamada Senegal.

Los días siguientes los celos de mis compañeros fueron en aumento. Llenaban el taller, palpables como la tormenta que se avecina. Mis compañeros eran, sin embargo, mayores que yo y mil veces más experimentados. Pero no

soportaban que maese Andrea, su maestro, viniera una y otra vez a verme escribir. Ni menos aún que me hablara. Con el tiempo que ha pasado, aún recuerdo palabra por palabra lo que hablábamos:

—¿Cómo has aprendido a escribir con letra tan pequeña?

—Practicando.

—Pues eso, ¿por qué practicar tal cosa?

—Por miedo.

—¿Por miedo a qué?

—A las cosas grandes, a las cosas que me superan.

—¿Y por qué quieres trabajar con mapas?

—Los mapas existen porque son pequeños.

—¿Qué quieres decir?

—Que son pequeños comparados con el mundo que describen. Un mapa tan grande como el mundo no serviría de nada.

—¡Tú lo has dicho! ¿Sabes lo que es una chocha?

En ese terreno confesé mi ignorancia.

Maese Andrea sacudió la cabeza.

—Muy pronto no tendrás aliadas más fieles que las chochas.

*

Pronto descubriría muchas otras cosas raras. Por ejemplo ésta: la actividad del taller de al lado era muy ruidosa. Muchas veces, para descansar los tímpanos, el hombre venía al nuestro y se maravillaba del silencio que en él reinaba. Mientras que en su taller unos hombres medio desnudos se pasaban el día dándole al fuelle de las fraguas y soltando martillazos a pedazos de hierro o de bronce, en el

nuestro no se oía más que el leve rasgueo de las plumas sobre el pergamino.

En el taller de aquel hombre afable y ensordecido se abastecían los capitanes de barco antes de zarpar. Siempre compraban lo mismo: calderos, marmitas, palanganas y, en cantidades ingentes, bacías.

Aquello me sorprendía: ¿para qué usaban tantas bacías? ¿Es que en el mar crecían más rápido las barbas?

El hombre no dejó de informarme, aunque riéndose de mi ignorancia: todo el mundo sabe, Bartolomé, que los jefes africanos con los que traficamos se despepitan por toda clase de recipientes y especialmente por las bacías. Les encanta mirarse en ellas, las usan para espantar moscas, las ponen como adornos en las tumbas. A saber lo que se piensan. El caso es que estos artículos, tan cotidianos para nosotros, tienen allí un gran valor, mucho más que otras monedas de cambio como telas, bisutería o anillos de latón. ¡Por una bacía puedes conseguir hasta tres esclavos o cincuenta gramos de oro!

Aún hoy me pregunto por el extraño mecanismo del comercio, que lleva productos de una punta a otra de la Tierra. ¿Por qué aquí preferimos el oro y los esclavos, y allí se mueren por bacías de barbero?